

LA NOCIÓN FERENCZIANA DE “ORFA”

Miguel Gutiérrez Peláez^{1*}

Hay un término que Ferenczi utiliza en su Diario Clínico (1932) –y solamente allí–, un término oscuro que los comentaristas no han sabido bien qué hacer de él y que se relaciona directamente con los procesos de memoria con respecto al trauma. El término es “Orfa” y aparece utilizado siete veces a lo largo del diario, y dos veces como “órfico” y “órfica”. Si bien son pocos los elementos que brinda Ferenczi para su comprensión, puede ser útil para esclarecer la naturaleza de esos recuerdos traumáticos que nunca han sido conscientes, y que han de experimentarse por primera vez durante el tratamiento psicoanalítico. Stanton (1997) es el único que ha dado una definición específica de este término, dándole un estatuto de concepto, resaltando su importancia, y definiéndolo a partir del uso que Ferenczi hace de él en el Diario Clínico. Stanton lo define de la siguiente manera: “Orfa (Orpha): Término que deriva de la terminología espiritualista y que denota el destino creativo (siguiendo a Orfeo, el dios de la poesía y de la imaginación). Este concepto surge tardíamente en la carrera de Ferenczi, principalmente en respuesta a su análisis mutuo con Elizabeth Severn. Para él representa los instintos inconscientes, vitales, y organizadores que nutren las personas y las protegen de la desintegración durante los momentos de crisis severas” (pág. 203). La definición de Stanton es interesante por dos motivos principalmente: porque ubica a “Orfa” como concepto en relación a la desintegración y porque lo relaciona con el análisis de Elizabeth Severn (una relación entre esta paciente y la noción de Orfa ha sido sugerida anteriormente por Smith, 1998).

Severn, quien aparece en el Diario clínico como R.N., comienza a analizarse con Ferenczi en 1924. Sobre ella le escribirá a Groddeck como un “complejo y preocupante caso” (carta del 27 de julio de 1928; citado por Stanton, 1990, pág. 42) y más adelante, en una carta del 21 de diciembre de 1930, dirá: “Dedico cuatro, algunas veces cinco horas al día a mi paciente principal, ‘la Reina’ [Elizabeth Severn]. Es cansador, pero gratificante. Pienso que pronto o, al menos, no en mucho tiempo más, seré capaz de decir qué significa ‘finalizar un análisis’. Los otros pacientes también ‘exoaquíen’ [agieren] vigorosamente y cada día testimonian por qué he escrito sobre la necesidad de restablecer la teoría de la seducción. En todo caso, el psicoanálisis, como lo estoy practicando actualmente, saca más material del paciente que lo que había presupuesto anteriormente” (citado por Stanton, 1990, pág. 46). Esta paciente, a quien Ferenczi se refiere de varias maneras, entre ellas “mi colega” (Congreso de Oxford de 1929) y “Madame la Comtesse” (en carta a Groddeck) (Stanton, 1990, pág. 161), es la principal paciente de su técnica conocida como “análisis mutuo” (otra analizante mutua era Clara Thompson, referida en el Diario clínico como Dm., quien, como bien lo señala Stanton (1990), “más tarde ayudó a fundar la Asociación para el Progreso del Psicoanálisis (Association for the Advancement of Psychoanalysis) en Nueva York y trabajó estrechamente con Erich Fromm, Karen Horney y Harry Stack Sullivan” (pág. 195). También menciona a S. I. y a B., todas ellas mujeres, tres de las cuales son norteamericanas (Dupont, 1997, pág. 21). Poco se sabe sobre esta paciente; que era bailarina, doctora en Filosofía, que no era ajena al psicoanálisis y que escribió una serie de libros: Psicoterapia: Doctrina y Práctica, La psicología de la conducta y El descubrimiento del Self (Stanton, 1990; 161-168). El trabajo de esta paciente “reflejaba un profundo interés en la clarividencia espiritista” (Stanton, 1990; 165) y por las corrientes de pensamiento más esotéricas, lo que lleva a pensar que lo más probable es que Ferenczi haya tomado el término “Orfa” de las propias palabras de su analizante. En el apartado de su diario titulado “¿Quién está loco, nosotros o los pacientes?” (1º de mayo de 1932), Ferenczi afirma que

1*.- Psicólogo de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia). Magíster en Psicoanálisis de la Universidad de Buenos Aires. Candidato al Doctorado en Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Psicólogo de planta/Comité Científico Clínica la Inmaculada (Bogotá, Colombia). Docente de Cátedra Pontificia Universidad Javeriana y Universidad.

hubo “inmensas resistencias de mi parte en el momento en que, cediendo a la proposición de ‘Orfa’, hice la tentativa de dejarme analizar por el paciente, es decir, de entregarme al poder de un paciente, liberándome y relajándome completamente” (1932, pág. 137). Es a partir de ese encuentro con Elizabeth Severn y su “Orfa” que se da origen al análisis mutuo. Es a través de “Orfa” que Severn monta su lazo transferencial con Ferenczi: considera que lo ha encontrado a él telepáticamente (a través de un “órgano teleplástico”) por ser él la única persona en el mundo que podría ayudarla y reparar los traumas de su infancia (ver: “Contrainvestidura psíquica de sensaciones que se hacen insoportables”, entrada del Diario clínico, del 12 de junio de 1932). Stanton relaciona acertadamente “Orfa” con la terminología espiritualista y con Orfeo, pero es necesario dar un paso más para poder entretenerlo con el papel de la memoria y los recuerdos traumáticos.

En la filosofía griega, es Pitágoras el primero en retomar tan enfáticamente las antiguas corrientes órficas y hacer de ellas parte de la filosofía. Con él, la concepción del alma toma un rumbo totalmente diferente, pues “los pitagóricos, al adoptar la tradición órfica, sostuvieron la noción de trasmigración de las almas. La idea es doblemente significativa; implica definitivamente que el alma existe separada del cuerpo [...] La doctrina entraña un dualismo, pues el alma es una cosa que habita en el cuerpo, un cautivo en la prisión o un prisionero en la mazmorra. Se sigue de ahí, entonces, que no existe una relación orgánica entre el alma y el cuerpo, y la tendencia naturalista que se inclinaba hacia la idea de un alma que resultaba de la constitución del cuerpo, detúvose enteramente por obra de esas influencias. Ese dualismo surge de la creencia en una vida futura, y la doctrina mística de que el cuerpo es la tumba del alma se convierte, a través de Platón, en la base de toda psicología que admite otra vida, ya se obtenga esta vida por medio de la trasmigración, como en el orfismo, o por la resurrección, como en el cristianismo” (Brett, 1964, pág. 28). Este legado de las corrientes órficas tendrá un fuerte eco en la posterior teoría de la reminiscencia platónica. El pensamiento pitagórico va a dotar al alma de una independencia total, desvaneciendo los nexos que se habían tenido entre el alma y el cuerpo, intrínsecamente fusionados como posibilidad de existencia. Platón retomará esta noción órfica para pensar el papel de la memoria: “Una clave de la solución correcta la proporciona la memoria. Una experiencia hace recordar a menudo otra anterior y somos perfectamente conscientes de que revivimos la experiencia anterior por medio de un acto de la psique. Pero en algunos casos lo que se recuerda nunca fue experimentado en esta vida; la remembranza, entonces, ha de ser un revivir por el alma de experiencias que pertenecen al alma misma. Lo que así se recuerda es una verdad independiente del momento presente, una verdad de naturaleza eterna” (citado por Brett, 1964, pág. 54).

Habría, por lo tanto un recordar algo que no ha sido experimentado, lo cual está en consonancia con lo que Ferenczi observa en relación a sus pacientes traumatizados. Aparece también, en el pensamiento de Platón, un alma con independencia del cuerpo. En relación a su paciente Elizabeth Severn, Ferenczi dirá, en un apartado del Diario clínico (1932) titulado “Caso de esquizofrenia progresiva”, que la insistencia de los traumas que ha padecido (agresiones sexuales “brutales”) desde la temprana infancia, la han llevado a la fragmentación psíquica. Durante una sesión sucede una “rememoración repentina de los sucesos del segundo año de vida” (pág. 31) relacionada con impulsos suicidas, sentimiento de morir (agonías) y la pérdida de la esperanza de cualquier ayuda exterior, “pero después de la pérdida o del abandono del pensamiento consciente, los instintos vitales organizadores (‘orfa’) se despiertan, ubicando la locura en el lugar de la muerte. (Estas mismas fuerzas ‘órficas’ parecen haber estado ya presentes en la época del primer shock)” (pág. 31). Ferenczi pasa a describir tres “fragmentos” determinados que él descubre que componen la persona de su paciente: uno es “un ser que sufre de una manera puramente psíquica en su inconsciente, el niño propiamente dicho, de quien el Yo que vigila no sabe nada. Este fragmento no es accesible más que en el sueño profundo, un trance profundo, después de un esfuerzo o un agotamiento excesivo, por lo tanto, en una crisis neurótica (histérica). El analista sólo puede entrar en contacto con esta parte, el afecto reprimido puro, con gran dificultad y respetando reglas de conducta absolutamente especiales” (1932, pág. 31). Esta referencia al afecto reprimido puro nos pone en relación con el concepto de Spaltung de Freud y la represión primaria como constitutiva del aparato psíquico. Sin embargo, como bien lo señala Pinheiro (1995), habría una diferencia entre un trauma estructurante, aquel que ordena el aparato psíquico, y uno desestructurante, es decir, que lleva a la fragmentación del psiquismo.

Otro de los fragmentos de su paciente es “un ser singular, para quien la conservación de la vida tiene

una importancia ‘coûte au coûte’² (orfa). Este fragmento juega el papel de un ángel guardián, suscita alucinaciones de cumplimiento de deseos, fantasías de consuelo; anestesia la conciencia y la sensibilidad contra sensaciones que se hacen intolerables. En el caso del segundo shock, esta parte maternal sólo pudo ayudar expulsando toda vida psíquica fuera del cuerpo, sufriendo de manera inhumana” (pág. 32). Por último, habría un tercer fragmento que es una “parte sin alma de la persona, es decir, el cuerpo ahora sin alma, y cuya mutilación no es en absoluto percibida, o es considerada como algo que le ha ocurrido a otro ser, mirado desde afuera” (pág. 32). Así, volviendo a la cita de Platón, articulada con las corrientes órficas según las retoma Pitágoras, se observa un estado del psiquismo en el cual hay una parte que se encuentra enajenada de sí misma, independiente del resto, con autonomía e ignorante del padecimiento de las partes restantes.

Además, un estado del material mnémico que no ha sido experimentado y, por lo tanto, esas vivencias traumáticas han de recuperarse durante el tratamiento psicoanalítico para hacer experiencia de ellas por vez primera.

El trauma aparece, por lo tanto, como un agujero que, sin embargo, produce efectos, tanto a nivel de la sintomatología, como de la biografía del sujeto y de las formaciones del inconsciente (en sueños, por ejemplo). En el caso de Severn, su historia es la del trauma: abusos sexuales y físicos desde su temprana infancia y a lo largo de la niñez, “hasta la infatigable Orfa se volvió impotente, buscó incluso impulsar el suicidio, y cuando esto le fue impedido, la única forma de existencia que quedaba era la atomización completa de la vida psíquica” (1932, pág. 33). Esta atomización resultó como “una especie de ausencia de vida. La vida del cuerpo, sin embargo, forzada a la respiración y a la pulsación, evocó a Orfa que, en su desesperación, también se había hecho amiga de la muerte, y tuvo éxito, como por milagro, en resucitar a este ser dislocado hasta los átomos, es decir, crear una suerte de psique artificial para el cuerpo obligado a vivir. A primera vista, el ‘individuo’ consiste en estas partes: (a) en superficie, un ser viviente capaz, activo, con un mecanismo bien, incluso demasiado bien ordenado, (b) detrás de éste, un ser que no quiere saber más nada de la vida, (c) detrás de este Yo asesinado, las cenizas de la enfermedad mental anterior, reavivadas cada noche por los fuegos del sufrimiento; (d) la enfermedad misma, como una masa afectiva separada, inconsciente y sin contenido, resto del ser humano propiamente dicho” (1932, pág. 33). Siguiendo la relación platónica, se observa una separación psique-cuerpo en la paciente de Ferenczi, una psique que abandona toda pretensión de vivir y un cuerpo que logra mantener a la persona con vida creando una psique artificial a partir de sus funciones vitales.

Con este recorrido, se pretendió arrojar una luz sobre la oscura noción ferencziana de “Orfa” a partir de sus relaciones con la tradición platónica y pitagórica. “Orfa” está relacionado con los efectos de fragmentación (splitting) a través de los cuales el paciente se defiende frente al trauma. En éstos, una parte de la persona “muere” por efecto del traumatismo y la otra, insensible, contempla los sucesos como si le pasaran a otro. Las inclinaciones ocultistas de la paciente de Ferenczi, Elizabeth Severn, en el contexto de la cual aparecen las referencias a “Orfa”, apoyan la hipótesis del origen de esta noción.

BIBLIOGRAFÍA

- BRETT, G. S. (1964) Historia de la psicología. Paidós, Buenos Aires. FERENCZI, S. (1932) Diario clínico. 1985, Conjetural, Argentina.
- PINHEIRO, T. (1995) Do Grito à Palavra. UFRJ, Río de Janeiro.
- SMITH, N. A. (1998) Orpha Reviving. Int. Forum Psychoanal., 7:241-246.
- STANTON, M. (1997) Sandor Ferenczi: Reconsiderando la técnica activa. Biopsique, Chile.

http://apdeba.org/images/stories/Publicaciones/Revista_Psicoanalisis/PDFs/2008/2y3/gu_tierrez%20pelaez.pdf

2.- En francés en el texto: cueste lo que cueste.

LA NOCION FERENCZIANA DE “ORFA” MIGUEL GUTIERREZ PELAEZ
Psicoanálisis - Vol. XXX - N° 2/3 - 2008 - pp. 285-290

Miguel Gutiérrez Peláez

E-mail: miguerrez@gmail.com. Tel: (57 1) 3581200.

Calle 80 No. 10-43 Cons. 104

Bogotá, Colombia.

Politécnico Grancolombiano (Bogotá, Colombia).

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE